LA CAÍDA

Raúl Hernández Garrido

A Virginia Eliza Clemm Poe (1822-1847)

Era justo lo contrario a un inhóspito día de otoño. Rojo incandescente, el sol, señor en un cielo pálido, sólo emborronado por los churretes de mandarina de las trazas de los aviones, no permitía que, en éste su reino, nube alguna alterara, con borrones violáceos, con manchas impertinentes, la limpia superficie de aluminio del firmamento. Dentro de mi boca, un picor me adormecía la piel entre la mejilla y la encía. Con la lengua desplazé el chicle al otro lado.

Tras lo que fue un día demasiado caluroso, una brisa agradable -aunque aún cálida, no por ello menos refrescante- me golpeaba en la cara, mientras mi descapotable rojo arrancaba chispas del asfalto al sobrepasar los 120 Km./hora. La gran avenida que abría en dos la ciudad desembocaba en una extensa laguna. Sobre su superficie se posaba el verde moho del agua estancada, y de ella surgía, como una doncella renacentista irguiéndose entre la espuma, la aparatosa estructura plateada de titanio azul y cristal esmeralda. El cielo penetraba a través de la transparencia de sus materiales, burlando cualquier intento que el ojo hiciera por definir su forma, cualquier esfuerzo de la mente por comprender su estructura. En medio de su inmensa mole una gran oquedad desafiaba tanto a los principios de la Razón como a las leyes de la Física. Ante tal visión, cualquiera esperaría que la Torre se desplomara de un momento a otro, fulminándose en un diluvio de escombros y cristales. A mí no me cabía explicación

alguna de cómo un engendro como éste podía haber llegado a ser erigido y luego se sostenía y no se caía por su propio peso.

Supuesta obra maestra de la ingeniería y la arquitectura, aquello no dejaba de ser un antojo de un par de millonarios caprichosos encargado a otro caprichoso, el germano-bengalí Sabal Iravan Bruckner, por dos veces Premio Pritzker. Los hermanos Roser eran los que habían financiado la obra y ahora los dueños de aquel disparate, en cuyo proyecto se habían derrochado millones de euros. Su construcción se había visto acompañada de la polémica, lo cual generó en la prensa miles de palabras, derramadas en el papel de los periódicos y en los píxeles de la web. Todo lo que rodeaba a la Torre estaba tocado por el escándalo: la gran fortuna invertida en su obra; la discutible concesión de los terrenos sobre los que se había construido; la hazaña de elevar una gran torre sobre lo que era una laguna; la forma en que se ignoró el impacto medioambiental en una zona hasta entonces protegida; lo virulento de las protestas de los grupos ecologistas y la brutal represión con la que se les acalló, así como la red de sobornos y corrupciones que aceleraron su ejecución. Inaugurada no hacía un año, entre unas historias y otras su fama había crecido en poco tiempo, hasta ser ya todo un fenómeno a nivel popular y haberse convertido en todo un icono universal. Todo el mundo, el público y los medios de comunicación, parecían no tener otra cosa que hacer que hablar de la dichosa Torre. Entrando en competencia con actrices y modelos, el edificio llegó a ser portada de revistas. Se convirtió en una referencia para la ciudad, y muchas caras famosas la eligieron como fondo para sus posados fotográficos. Shakira situó su escenario frente a su mole de titanio y cristal para presentar su nuevo disco. 007 se deslizó desde un helicóptero hasta su cumbre. Pepsi la convirtió en su burbujeante imagen de la temporada.

Y ahora, una demanda del arquitecto exigía, aparte de una indemnización fabulosa, su demolición. Por eso yo, como abogado de los Roser, acudía para impedir que ese engendro fuera reducido a una montaña de hierros retorcidos y cristales rotos. Ciertamente, a mí no me pareciera mal que así se hiciese y que la piqueta redujera a escombros esa aberración. Pero lo que me parecía inadmisibile era que aquel impostor pudiera salirse con la suya. Eso me daba un buen motivo personal para asumir este trabajo. Aparte de mi amistad con uno de los hermanos, y mi sustanciosa minuta, por supuesto.

La Torre era la sede de Empresas Roser y, en sus plantas superiores, la residencia de la familia. Allí vivía mi amigo Lorenzo Roser, junto con su hermana gemela, Miriam. Ellos eran los supervivientes de una estirpe que se había hecho riquísima a lo largo del siglo XX a través de diversas concesiones estatales y cuya actividad empresarial actual se dedicaba a la importación de productos de alta tecnología desde oriente, para luego exportar a ciertos países africanos otras mercancías, que a duras penas se podrían precisar y cuya legalidad sin duda era muy objetable.

Subí aún más el volumen del CD del coche, y la música rabiosamente joven de The Redcordings, un grupo de Nueva Zelanda que encabezaba las listas del momento, rebotó con estridencia sus acordes entre las acacias - guitarras puntiagudas y voces susurrantes que se mezclaban con el estruendo del tráfico de la avenida. Ya estaba al pie de la Torre. Sin vacilar, apreté el acelerador y emprendí el descenso por la rampa que se hundía en el agua estancada que rodeaba al edificio. Aparentemente, el coche se sumergió, pero antes de que las ruedas entraran en contacto con la superficie de la laguna la cortina de agua se abrió, dejando paso a un carril amplio que desembocaba en un profusamente iluminado aparcamiento, situado bajo el agua. Una vez que hube aparcado, desde el subsuelo de la Torre un supersónico ascensor me condujo directamente a los pisos privados, residencia de los Roser. Al ser amigo de la familia, y estar invitado a alojarme en las estancias privadas, tenía el privilegio de utilizar el ascensor particular, cuyas puertas se abrieron en cuanto el sensor identificó la pupila de mi ojo. No por eso dejé de sentir durante todo el tiempo la mirada fría de las cámaras de seguridad del edificio clavada en mi nuca.

Desde mi habitación, podía contemplar todo lo que ocurría en el interior de la Torre, porque paredes, suelos, techos, arcos, todo dentro del edificio era translúcido o transparente, y no había ningún obstáculo para la mirada. La luz provenía de todas partes, y según uno se moviera por la habitación, por arriba, por abajo, por los cuatro costados, a través de tabiques y muros, se colaban miles de visiones de lo que en ese momento estaba sucediendo en la Torre. Era como estar instalado en el interior de un calidoscopio. Veía a los oficinistas trabajar perezosamente a veces, y otras consumirse de forma convulsa en mil actividades simultáneas; al personal de servicio de la mansión afanarse por doquier en su labores minúsculas como un enjambre de insectos en una colmena; a visitantes, mensajeros, proveedores... las mil visitas que entraban por los

arcos de seguridad, que atravesaban el edificio, algunos con recorridos cortos y titubeantes, otros trazando líneas claras y más definidas, entrecruzándose en intrincados arabescos, para acabar volviendo a salir del edificio; pequeños corpúsculos que dibujaban con sus recorridos fosforescentes la estructura de la Torre, y que con sus movimientos inesperados parecían darle vida.

El apartamento estaba dotado de un reproductor multisoporte. Metí en el lector láser un CD de Xulia Ximénez, una mexicanita rechula de 23 años, figura rechoncha, gafas de nácar y voz aterciopelada por el dolby digital. Una margarita de tequila almendrado con chisporroteos multicolores, muy apropiada para la fantasía de mirón que inundaba la intimidad de mi habitación. Me llené el vaso de nuevo, y apuré el sabor amargo del whisky de malta.

La luz se hizo tan intensa que llegué a sentir un escozor en los ojos. Tenía que detener esa claridad que entraba por todas partes y llenaba mi cuarto de tantas imágenes. Busqué inútilmente por todo el cuarto la manera de velarla. A tientas, lo único que logré fue alcanzar el botón para llamar al servicio. Casi inmediatamente abrió la puerta, tras una breve llamada de aviso, una pelirroja pizpireta que sin ningún motivo se reía sin parar. Sin llegar a contestarme, se agachó. Parecía no importarle que al agacharse y subirse su falda yo pudiera ver más de lo que se considera conveniente. Bajo la lamparilla de la mesa había un minúsculo mando a distancia, y ella lo cogió y levantándose con un saltito breve, que puso las ropas en su sitio, apuntó con él hacia arriba, abajo, a su alrededor. Suavemente, las imágenes desaparecieron, para dar paso a un color neutro que ella luego me enseñó a bajar de intensidad. Una luz suave se adueñó de mi cuarto para alivio de mis ojos y de mis células nerviosas. Antes de que llegara a agradecerle sus amables servicios, la joven había desaparecido, cerrándose sin ruido la puerta tras de sí.

La verdad es que había esperado ver ese mismo día a Lorenzo, pero finalmente, no pude hacerlo, y me tuve que resignar a cenar solo. En un relato clásico, anotaría cosas como que penumbras y claridades se alternaban en el espacio; que aunque estaba solo, la habitación se llenaba de presencias invisibles; que la vajilla parecía volar a la mesa, y una vez consumido el contenido del plato, desaparecían estos en una oscuridad profunda para, animados por manos invisibles, volver a surgir nuevos platos, dispuestos

con nuevos manjares. Que mi copa estaba siempre llena aunque nunca viera a nadie llenándola. Que seres misteriosos, sin duda escapados de un mundo de ultratumba, pero cuya cercanía sobrenatural no llegaba a sentir como amenazadora, se encargaban de atender mis deseos, aunque mis labios no llegaran a expresarlos, aunque mi mente no llegara ni siquiera a concretarlos. Mi pluma de autor romántico dibujaría una escenografía gótica para esa cena, en la que los muros se elevarían en una bóveda infinita y la estancia se prolongaría indefinidamente en la oscuridad.

Lo cierto es que no salí de mi habitación. No me hizo falta. Un par de camareras, la que antes me había atendido de forma tan risueña, y otra a la que apenas distinguía de la primera, llamaron a la puerta, y entre más risitas, alguna mirada caprichosa, y mucho agacharse sin comprometerme a más, me sirvieron una cena fría, que yo no había pedido, pero a la que no me iba a negar. Junto a la cena -una simple pero muy renovadora ensalada de queso de cabra al horno con pasas y almendras; una tarrina de foie y una selección de ahumados y fiambres- me sirvieron un Ribera extraordinario, cosecha del 2001. Saboreé hasta la última gota del vino y disfruté, entre susurros y risas, con el parloteo de las muchachas, lleno de consonantes sinuosas que delataban su origen eslavo.

Una vez más las criaditas salieron sin yo poder hacer nada por impedirlo, tras ignorar con risitas mis intentos de conversación. Mareado por el vino, me tendí y al poco me quedé dormido. La mañana siguiente me despertó totalmente desnudo, atravesado sobre la cama, y con todas las ropas de ésta caídas en el suelo. No recordaba nada, aunque en mi imaginación resonaba la forma de un tatuaje, una serpiente pequeña de anillos retorcidos y dientes afilados, bordeando un pecho de mujer. Nada me indicaba que eso fuera, más que un recuerdo, parte de un sueño. Eso sí, un sueño muy excitante.

Me di una buena ducha y me afeité, y al volver a entrar en mi habitación, me encontré la cama perfectamente hecha, y sobre la mesita una bandeja con un desayuno pulcramente presentado. Una tarjeta me indicaba que a las 11 sería recibido en la sala de juntas. Una vez desayunado, recopilé mis papeles y me dirigí puntualmente hacia allá. Una secretaria, sin moverse de mi sitio, me indicó la puerta de acceso a la sala desde la

que se regía la marcha de la empresa Roser. Era una gran estancia de forma ovalada, en que las paredes se curvaban sin definir esquinas, coronando la cabecera de la mesa.

Y allí estaba el sillón que presidía los destinos de la Casa Roser, y de cuyas decisiones dependía la fortuna, el futuro, y hasta la vida de mucha gente. Oculto por su amplio respaldo de cuero negro estaría mi amigo. La alegría de volver a encontrarme con él, después de muchos años de alejamiento, se mezclaba con una sensación extraña. Con la percepción de cierto olor que me intranquilizaba, me hacía ponerme en guardia contra un peligro desconocido. El sillón giró, y en él vi, no a Lorenzo, sino a su hermana gemela, Miriam. Siempre había bromeado con Lorenzo acerca de ella, y durante una época, había jugado con él poniendo en duda su existencia. Mi amigo afirmaba y juraba que su hermana existía, de forma tan cierta como existía él. Como no se puede separar la existencia de un cuerpo de su reflejo. Y se lanzaba a ensalzar sus méritos, que superaban, según él, a cualquiera de los suyos. La vehemencia con que la defendía me llevaba a tomarle el pelo. Se ponía rojo de ira, aunque se reprimía y no decía nada. Pero lo que más le enfurecía era cuando yo, sin saber por qué, le recitaba un fragmento de una vieja poesía, creo que de Poe.

- *It was many and many a year ago,
In a kingdom by the sea,
That a maiden there lived whom you may know
By the name of ANNABEL LEE;
And this maiden she lived with no other thought
Than to love and be loved by me.*

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Nada, absolutamente nada, pero me gustaría conocer a esa mujer, a tu hermanita. Por lo que hablas de ella debe ser fascinante.

Lorenzo bajaba la mirada. Avergonzado, quizá. Yo seguía recitando.

- *I was a child and she was a child,
In this kingdom by the sea;*

*But we loved with a love that was more than love-
I and my Annabel Lee;
With a love that the winged seraphs of heaven
Coveted her and me.*

- Los serafines... ¿A qué viene eso?

- Es un poema, nada más.

- Ya sé que es un poema. – Me miró, y luego siguió hablando de otra cosa, lanzándose a desarrollar cualquier otro tema para desviar la conversación. Yo sentía la necesidad de contraatacar de forma fulminante. Le cortaba con un carraspeo:

- *Quoth the raven, "Nevermore."*

Lorenzo me disparó un puñetazo, que estuvo a punto de alcanzar mi estómago. Lo esquivé a duras penas, y grazné con todas mis fuerzas, mientras me cubría con mis brazos de otro posible ataque. Él me miraba con un odio asesino. Estaba claro que lo que ocurría entre ellos no era cuestión de niños. Él me miraba con odio, aunque ya no me volvía a hablar. Ojalá me hubiera respondido que su hermana no era Annabel Lee, que ni siquiera era Virginia Clemm. Y que él no era ni él su rendido cantor ni mucho menos un nuevo Edgardo Poe, y que entre hermanos no podía existir un amor como el que describía el bate de Boston. Pero él callaba, y su silencio acababa por confundirme .

Ahora, al girarse el sillón, veía ante mí, en lo que parecía ser un golpe de delirio que alteraba la realidad hasta hacer que se removiera en sus cimientos, el rostro de mi amigo, pero atrapado por un cuerpo de mujer. Nunca me he sentido atraído por un hombre, y mucho menos por Lorenzo, al que conozco desde que éramos niños. Por eso, dado el parecido increíble que tenía con su hermano, me resultaba un tanto... repulsivo... que Miriam Roser sí me atrajera.

- Bienvenido a la Torre. Lorenzo me habla siempre mucho y muy bien de ti. Te considera un gran amigo. Y eso es curioso, ya que Lorenzo no tiene amigos.

Yo no la contesté, y seguí mirándola, en silencio, como quien mira un fantasma. Ella se sintió incómoda por la persistencia de mi examen.

- Y bien.- me dijo ella, intentando

- Tú debes ser Miriam.

Ella asintió en silencio.

- Esperaba encontrarme a Lorenzo en tu lugar.

- Lorenzo está indispuerto, y te ruega que le disculpes.

Miriam no perdió el tiempo. Fue directa al asunto por el que me habían hecho llamar. El litigio que el arquitecto Bruckner había planteado contra la Torre, contra lo que él consideraba *su* Torre. Se habían hecho una serie de modificaciones en su construcción, un asunto menor, rutinario, por motivos casi burocráticos. Pero él consideraba que con esas modificaciones se había alterado de forma esencial el carácter de su construcción, y se había vulnerado el derecho sobre la autoría intelectual del edificio. Por ello reclamaba como compensación, aparte de una sustanciosa indemnización, la retirada de esas modificaciones, que debo aclarar que se debían a exigencias legales de la Comunidad Autónoma. Si no devolvíamos al edificio a su estado original (y realmente, era imposible hacerlo, sin saltarse esas disposiciones legales), él exigía el derribo de la Torre.

Miriam me miró, esperando oír mi opinión en el asunto. Mi postura era clara. Si no hiciéramos nada, si simplemente defendiéramos nuestros derechos, la causa del arquitecto sería desestimada. Estábamos protegidos por el contrato que yo mismo redacté con el estudio del arquitecto, y que nos libraba de acudir a ellos para ciertos acondicionamientos y reformas rutinarios, como era aquél que había dado origen a la indemnización. Cuando surgió el problema con la Comunidad Autónoma, lo primero que hizo la Gerencia de los Roser fue ponerse en contacto con el Estudio de Bruckner para darles cuenta de la situación, y ofrecerles a ellos en primer lugar la posibilidad de dirigir los trabajos que la administración nos exigía. Y teníamos registro tanto de nuestro envío como de la respuesta del Estudio, en el que declinaba la oferta para encargarse de las reformas y sugerían una subcontrata filial para ello. Ésa era nuestra mejor defensa.

Miriam se mantuvo en silencio por un momento, y luego se removió en su sillón. Los Roser querían ser implacables. No argumentar. Querían defender su derecho a hacer lo que quisieran con su edificio, y no contar para ello, ni ahora ni nunca más, con el arquitecto. Ya estaba pagado, y muy bien pagado, y pensaban que si ellos ahora cedían a

las imposiciones del arquitecto, aunque fuera mínimamente, eso significaría que en cualquier momento Bruckner volvería a hacer de las suyas, y quizá un día volviera a tener la pretensión de demoler la Torre pretexto cualquier excusa.

Lo que Miriam proponía no me parecía lo más adecuado. Teníamos a la Ley de nuestro lado, pero la Señorita Roser pretendía ponerse por encima de la Ley. No atender a las razones de ésta, sino imponer su propia razón. Y alzarse sobre la Ley era ponerse en contra de todo el sistema. Así se lo hice ver, aunque sin mayores subrayados. Al fin y al cabo, mi obligación es llevar a cabo la voluntad de mi cliente, y me gustaba estar de su parte en todo momento. Con lo que, una vez expuestos mis puntos de vista, le confirmé que examinaría las posibilidades que tendríamos según su forma de actuar, y no dudaría en seguir el desarrollo de la reclamación tal como ella quería. Miriam cerró los ojos, aprobando. No supe qué más tenía que hacer allí, así que con pulcra educación le pedí permiso para retirarme a mi habitación y seguir trabajando en el caso. Ella, sin añadir nada más, abrió su carpeta y sacando una carta me la tendió. Estaba dentro de un sobre cerrado, en cuya cubierta figuraba mi nombre, escrito por la letra pulcra y reconocible de Lorenzo. Lo abrí y dentro había una carta, un par de folios con el membrete de los Roser. No estaba escrita a ordenador, sino a mano. Reconocí así la letra puntiaguda y estrecha del mismo Lorenzo. En la extensa carta mi amigo se disculpaba por su ausencia forzada. Esperaba que *se me hubiera acomodado bien*, y confiaba en que *dentro de poco tuviera salud suficiente para atenderme en persona*. Mientras tanto, *debía entregarme a su hermana como si fuera él mismo*. (Sonreí, por el matiz irónico, un tanto sucio, de la frase de Lorenzo. No se lo tendría en cuenta, y nada le exigiría a su hermana.) En ella, me rogaba que ante su indisposición confiara plenamente en su hermana y siguiera todas sus indicaciones, por peregrinas que me parecieran. También me recalca que su mayor deseo era acabar con ese maldito asunto y hundir al insolente arquitecto, que lo único que pretendía era ganar notoriedad pública y sacarse un importante pellizco promoviendo un nuevo escándalo alrededor de la Torre.

Me retiré, asombrado por la carta de mi amigo. Me extrañaba esa actitud tan violenta, que yo nunca hubiera esperado de él, siempre negociador, siempre conciliador. Pero yo respetaría la opinión del cliente. Y si mis discrepancias llegaban a ser tantas como para impedirme asumir su punto de vista y llevar el caso, así se lo comunicaría

abandonándolo, indicándole previamente las posibilidades de éxito o fracaso que yo podía prever si seguía con su actitud.

Lo cierto es que a mí no me gusta abandonar un caso, y menos si tengo amigos implicados en él. Por ello, seguiría adelante con éste, aunque ya no estuviera tan seguro de las posibilidades de su resultado. Obedecería y seguiría las directrices marcadas por Miriam. Hasta el mismo Lorenzo parecía haber cedido toda iniciativa a su hermana, y yo no me iba a oponer a ella. No me importaba que mi opinión tuviera la misma consideración que la de un viandante cualquiera.

Esa mañana estuve recopilando nueva información para el expediente. El nuevo rumbo que me imponían los Roser me hacía volver a investigar y reconsiderar muchos aspectos del proceso, rebuscar entre los posibles precedentes e incluso documentarme acerca de los estilos dominantes de la nueva arquitectura. Releí la biografía de Sabal Iravan Bruckner, seguí el itinerario vital de su carrera, desde la India y a través de los 3 continentes del poder: Europa, América del Norte, Asia. Examiné sus fotografías y me asombré de que a lo largo de los años, ése hombre parecía tener un aspecto cada vez más juvenil. De hecho, si cuando era un prometedor arquitecto con la licenciatura recién terminada, tenía el aspecto de un muchacho envejecido, ahora, veinticinco años después, nadie hubiera pensado que este hombre, del cuál nadie estimaría que alcanzaba los 30, realmente superaba ampliamente la cincuentena. Eso y el rosario de éxitos que cosechaba año tras año hacía pensar que es hombre tenía un pacto con el Demonio, si es que no era el mismo Belcebú. Mientras veía muestras de su arquitectura en mi portátil, escuchaba a los Melbourne Joint Venture Group. Una formación absolutamente virtual, ya que sus integrantes nunca se habían visto entre ellos. En Cincinnati un guitarra, en Copenhague percusión, teclas desde Alcoy, una batería electrónica en Kiev y un DJ de Mali, y mucho internet entre medias para componer sus temas, que eran finalmente ensamblados en un estudio de Melbourne. El resultado, una música electrónica con extraños toques de fusión, llena de sorpresas y de estridencias controladas. Si lo que oía me gustaba, lo que veía en mi trabajo no me gustaba tanto. Las muestras de arquitectura informalista de Bruckner me parecían a veces simples alardes técnicos, a veces patalatas de virtuosismo que rayaban en lo infantil. Lo cierto es que no entiendo por qué personas como Bruckner tienen tanto éxito, cuando parece que todo lo que hacen tiene por objetivo desconcertar o deslumbrar al público medio.

A mitad de mañana, Zina entró con una bandeja llena de delicatessen. Y sin duda que ella misma era la mejor de las delicatessen. Zina era el nombre de la pelirroja que finalmente parecía haber entrado en un jugueteo amistoso conmigo, utilizando las curvas de su cuerpo y las de su acento eslavo para picarme, y dándome pie para que yo me atreviera a dar un paso de más en ese juego. Intercambiamos más de dos palabras, y yo pude robarle su número de teléfono. Ya vería cómo lo aprovecharía en un futuro. Con una sonrisa, nos despedimos con un hasta pronto.

Salí de mi habitación dispuesto a recorrer el interior de la Torre. Visitar este mamotreto, en otra persona, hubiera sido obligado en el primer día de su estancia. Yo llevaba casi dos en él, y lo cierto es que hasta ahora no tuve ni oportunidad ni mucho menos interés alguno en visitar el edificio. Pero ahora consideré necesario explorar los entresijos de la mole transparente. Lo tomaría como una forma de conocer el campo de batalla, y establecer un primer contacto con el enemigo. Me ajusté los MP4 para seguir escuchando la psicodelia electrónica de los Melbourne Joint Venture Group. Escalas y riffs, acordes y acoples, scratchings y bases rítmicas superpuestas. Escaleras y rampas, ascensores y largos pasillos, se entrecruzaban en un itinerario que podía dar vueltas y vueltas sin llegar a atisbar nunca el camino al exterior. Los trabajadores que recorrían la Torre no parecían ver nada extraño en mi vagabundeo; entre ellos yo pasaba desapercibido. Al fin y al cabo, no era sino uno más de los asalariados de la familia Roser, y los vínculos de amistad que mantenía con Lorenzo o mi reputación como abogado no modificaban para nada este hecho. Cobraba por estar ahí, y lo único que hacía ahí era trabajar, como todos los demás. Nuestra actividad conformaba la savia que fluía por el interior de la Torre.

De regreso a mi habitación revolví en la banda ancha para terminar de perfilar el ya muy extenso dossier que había preparado. Me desenchufé de la música electrónica e inserté un microSD lleno de grabaciones de clásica. Un concierto de violonchelo de Lalo que ya era antiguo cuando se compuso, la sinfonía de juventud de Bizet, y piezas demasiado populares de Saint-Sens y Fauré. Una pequeña fruslería. Trabajé hasta media tarde, sin parar siquiera para comer, metiéndome en el cuerpo un sándwich de crema de queso y mucho zumo de tomate. Avancé mucho en mi dossier, y necesité que mi cabeza se oxigenara. Afuera, pese al otoño, debía hacer un buen día. Un estupendo día, por lo

que pude leer y ver a través de una web de meteo. Me acordé de la piscina que había en la azotea del edificio. Era el momento justo para hacerle una visita.

El ascensor que llevaba directamente a la azotea alcanzaba velocidades de vértigo. La sangre se me subió a la cabeza, para en la frenada bajarme a los pies. Pese a lo avanzado de la tarde, al abrirse las puertas la luz del exterior me cegó. Tuve casi que agarrarme a las paredes y salir a tientas para no caerme. Creyéndome solo, tiré en cualquier sitio la toalla y los papeles que pensaba revisar mientras tomaba el sol. Me tiré al agua y no paré hasta haber nadado por más de media hora seguida. De un salto, salí de la piscina. Al dejar los papeles sin nada que los sujetara, éstos se habían dispersado por todas partes. No me preocupé siquiera, ya volvería a imprimirlos.

- ¿No deberías de ser más cuidadoso?

Me volví, y sorprendido vi a Miriam, bronceándose, echada bocabajo en una de las tumbonas. Me excusé por todo aquello.

- Qué sorpresa encontrarte aquí. Es una suerte, ya que pensaba comentarte algunos detalles de mi trabajo.

Ella se incorporó para hablar conmigo, y entonces me di cuenta de que estaba desnuda. Su piel resplandecía al sol, y su cuerpo se me exponía completamente. No puede disimular y mis ojos se vieron atraídos por ella. Sus piernas parecían no tener fin. Ella me miró, y su mirada tropezó en mi traje de baño, que se abultaba sin que yo pudiera evitarlo. Miriam se dio la vuelta y pude contemplar su pubis completamente rasurado. Al moverse su sexo se abrió, como una boca que inicia un bostezo y acaba en una sonrisa. Me miró de forma burlona. Yo bajé los ojos, avergonzado al sentir el rubor en mis mejillas.

- Seguro que tienes mucho que contarme acerca de tu trabajo, con tanto papel como has dispersado por la piscina.

Los folios volaban con la menor brizna de viento. Inundaban el suelo y alguno se atrevía a flotar en la piscina. Los más intrépidos habían iniciado en caída libre el descenso de los 40 pisos de la Torre. Me disculpé, excusándome con que era material de trabajo, y que su pérdida no suponía ningún tipo de perjuicio para los Roser. Tampoco

había ningún documento comprometedor, ya que todo lo que había ahí era de dominio público.

Miriam se puso las gafas de sol y se extendió crema bronceadora por todo el cuerpo. Yo no podía seguir mirando ese espectáculo, a no ser que quisiera que mi cuerpo me pusiera de nuevo en evidencia. Me lancé a recoger las hojas que pude, haciendo el payaso a más de 100 metros de altura, con la ciudad a mis pies, y con una atractiva mujer, totalmente desnuda, a la que parecía importarle que yo pudiera mirarla. Recogí la última hoja y con el mazo desordenado en mis manos, volví a la tumbona.

Aunque era una situación extraña, la de estar tumbado al lado de mi cliente en esas condiciones, intenté relajarme y me lancé a defender nuevamente el que encaráramos el asunto de una forma menos agresiva. Examinando pros y contras, era preferible dejar que todo marchara según los trámites más formales, que tentar una estrategia más agresiva y atacar con dureza. Si trabajábamos la primera opción, con cautela y entera seguridad, teníamos todas las papeletas para ganar la causa, e podríamos incluso pedirle responsabilidades a Bruckner. El juicio sería una operación positiva, sin pérdidas de ningún tipo, en la que además saldríamos respaldados por la opinión pública.

Ella se dio la vuelta y se estiró completamente, echando sus brazos hacia atrás, por detrás de su nuca.

- ¿No quieres ponerte cómodo para tomar el sol?
- Supongo que...
- ¿Supones? ¿Qué supones?
- Nada...
- No tendrás vergüenza. Nosotros estamos acostumbrados a bañarnos sin ropa.

No quise buscar las implicaciones de la última frase. Pero no iba a dejar que pensara que yo era un pusilánime timorato. Me quité el bañador y lo tiré al suelo. Me tendí en la tumbona. Ella me miraba, con aparente indiferencia. Cerré los ojos, e intenté aislarme de lo que ahí estaba pasando. Sentí unas cosquillas en mi vientre, y luego el tacto agudo de una uña que iba bajando por mi abdomen. El dedo de Miriam no se detuvo cuando abrí los ojos. La línea del firmamento rodeaba la piscina. Ojalá pudiera

decir que me levanté y me fui a mi habitación; un abogado nunca deja que su placer se una a su trabajo, nunca. No, no me levanté. Naturalmente, todas mis argumentaciones acerca del caso Bruckner cesaron. Tampoco puedo alardear de rematar la faena. Simplemente, me quedé allí, con el viento que sopla en un piso 40 azotándome en la cara, una mano de mujer hurgando en mi cuerpo y mi mente volando como una hoja de papel y dejándose caer en el abismo que se abría a los pies de la Torre.

Al día siguiente ya había dejado de lado todas mis objeciones y descartado mis propios puntos de vista acerca del caso. Mi único objetivo era ya cumplir con la voluntad de Miriam, y hacerlo todo según ella dispusiera. De todas formas, una estrategia como la que yo propugnaba no debería de llevar de forma necesaria al éxito en la negociación; ni tampoco la forma de encarar el asunto que Miriam me imponía tenía que llevarnos ineludiblemente al fracaso. Una vez decidida cuál iba a ser la línea de nuestra defensa, debía asegurarme de que todos los pasos se plantearían de forma adecuada. Era primera hora de la mañana. Puse en el CD una sesión de DJ Soul y moví a todos mis informadores para que rebuscaran todo lo relativo a Sabal Iravan Bruckner, su estudio, sus cuentas, su vida privada. Todo aquello que a éste no le interesara que fuera divulgado y que podría sernos de utilidad. No podíamos dejar nada sin explorar. Debía tener en mi mano todas las cartas para que en caso de que su protesta pudiera obtener algún eco favorable pudiéramos neutralizarlo y aplastarlo.

A la hora de la comida sufrí el agradable asalto de mis dos bellas guardianes. Mi imaginación se desbordó un tanto, aunque el comportamiento de las muchachas, cada vez más descarado, daba pie a que no sólo fuera la imaginación lo que se me encrespaba. Zina se quedó sola, y no paraba de mostrarse muy dispuesta a que yo me acercara a ella. Pero mi mente estaba concentrada en otras cosas, y no podía atender como se merecían a las insinuaciones de la muchacha y las reacciones que provocaban éstas en mi cuerpo. Zina se fue, y al reanudar yo el trabajo, mientras escarbaba en las hemerotecas virtuales de Oriente Medio, me llegó un inesperado correo electrónico con doble aviso de urgencia. Me asombró mucho comprobar que su remitente era mi amigo Lorenzo. En él me indicaba, nuevamente, que debía obedecer a pies juntillas todo lo que me indicara su hermana. Había algo raro en ese correo, un tufo a falso, y en él leí cosas que sé que Lorenzo nunca diría o pensaría. Al final, como posdata, venía una nota extraña. *Cuidado con el Mezclador*. No creo en mensajes en clave, ni en teorías de la

conspiración, por lo que esa nota sólo podía para mí significar dos cosas: o un desequilibrio extraño de Lorenzo, o una advertencia acerca de la falta de veracidad del mismo mensaje.

Seguí esta última posibilidad, y sospeché de su contenido, y al hacerlo, empecé a considerar hasta qué punto podía estar siendo víctima de un engaño. Me pregunté si Miriam tenía algún motivo para dejar fuera de juego a Lorenzo. Lo cierto es que no podía concebir que eso pudiera ser posible. Era demasiado sucio que para ello me empleara a mí, amigo íntimo de su hermano.

Caminé por la parte pública de la Torre. Entré en las oficinas. Pasillos enormes con mesas a un lado y otro, personas que se convertían en prolongaciones de un ordenador, de un router, de una línea de teléfono. Era curioso que si en cualquier lugar de la Torre se podía ver lo que pasaba en sus otras dependencias, sin embargo no era posible ver desde ningún sitio nada del exterior. Ni un rayo de sol llegaba a ninguna parte de la Torre. No era la luz del día la que nos iluminaba, sino una luz artificial, cálida y tenue, que nos rodeaba por todas partes, sin que estuviera acompañada de ningún tipo de irradiación. Parecía que la superficie entera de las paredes estuviera viva y reluciera con la fosforescencia que caracteriza a ciertos insectos.

A la noche se detenía el movimiento frenético de la Torre; se atenuaba la luminosidad de las paredes, los muros, suelos y techos, al paralizarse la actividad en sus departamentos y despachos; se desvanecía el zumbido siempre presente por el día, para dejar paso al silencio; entonces, la Torre dormía. Todo se sumía en quietud y penumbra, casi en la oscuridad. Pero si el caminante en su vagar por el interior de la Torre llegara hasta el sótano, comprobaría que allí se mantenía una claridad persistente, y no cesaba un rumor a maquinaria en funcionamiento. Pese a la altura a la que estaba mi habitación, yo podía percibir ese rumor insomne por las noches. Incluso dormido, ese traqueteo machacón llegaba a meterse en mis sueños, aunque entonces no supiera cuál era su auténtico origen.

Me encontraba en el sótano, ante una puerta cerrada que se negaba a abrirse y descubrirme sus misterios. Tras ella, un ruido de máquinas, como el de una nave entera llena de compresores, resonaba y atronaba hasta amenazar con derribar los cimientos del edificio. A mi espalda sentí un movimiento. Una presencia extraña me sorprendió.

- Quiere saber lo que hay ahí, ¿verdad?

Me inquietó, me asustó incluso, la aparición súbita de aquel individuo. Un hombre contrahecho y malvestido, con una camisa sucia que se le salía por encima de los pantalones casi caídos, y unas gafas de ver de montura de pasta, con el cristal izquierdo roto.

- ¿Qué hay ahí? ¿Qué o quién vive en ese cuchitril?
- El Mezclador.
- ¿El Mezclador?
- Todo el mundo conoce al Mezclador. Todo el mundo le teme. Cuidado con él. Cuidado con el Mezclador.
- ¿Qué quiere decir con eso de cuidado con el Mezclador?
- No lo sé. ¿Tú sí sabes? ¿Qué quiere decir cuidado con el Mezclador?
- ¿Quién eres tú?
- No lo sé. Quizá sea el que estás buscando.
- Yo no busco a nadie.
- ¿Qué haces entonces por aquí?
- No tengo por qué darle explicaciones a nadie de lo que yo haga.
- ¿Tengo que darlas yo entonces?
- No.
- ¿No quieres saber quién soy?
- No-. Pero por la forma en que mis labios exhalaban esa negación estaba claro que me moría por saber algo más acerca de ese ser.
- Llámame así: el Mezclador.
- ¿Tú eres el Mezclador?
- Si tú quieres.

- ¿Por qué hay que tener cuidado con alguien como tú? ¿Qué es lo que haces, exactamente?

El individuo con un manotazo en la boca me hizo callar. Yo iba a responderle, malhumorado, cuando abrió un paraguas enorme que sostuvo sobre su cabeza. Entonces me di cuenta de que estaba completamente empapado, como si hubiera permanecido bajo una lluvia torrencial. Con el paraguas abierto, se precipitó hacia la puerta. La abrió con pasmosa facilidad, como si antes no estuviera herméticamente cerrada. A través del resquicio se dejaba ver lo que parecía ser algo a medias entre un laboratorio y un vertedero. Apilados en el suelo, había montones de papel. Y mucha suciedad por todas partes. El ruido infernal que había oído antes a través de los muros no existía ya. No había ningún ruido. Parecía que nunca lo hubiera habido. No podía ser que aquel estruendo sofocado se hubiera desvanecido en la nada en un instante. Oí un pequeño roce. Alguien o algo se movía allá adentro. Busqué con la mirada al hombre que se hacía llamar el Mezclador. Él me hizo una seña para que entrara con él. Pero yo no tenía nada que hacer allí, ni ninguna gana de exponerme a estar a solas encerrado con un demente como ése, o a enfrentarme a aquello desconocido que se escondía en aquel lugar. Así que me di la vuelta y salí del sótano.

La marcha del litigio por la Torre tenía aspecto de acabar realmente mal. Confirmando mis peores temores, el impacto de los medios de comunicación, desfavorable a nosotros, y la inclinación adversa de la opinión pública, nos estaban ganando la partida. En cuanto se cita la palabra *autor*, la gente parece enloquecer y no atender a razones, apostando siempre por el supuesto artista, y sin examinar ningún argumento más. Llamé a Carmela, mi compañera en el bufete y algo más que mi mano derecha en éste, para que se pusiera es este caso todas nuestras fuerzas. Ella me respondió que así se haría, tal como yo se lo ordenara. Pero creí percibir en su voz un tono de desapego que me hizo presagiar que las cosas irían aún peor, muy pronto.

Necesitaba respirar. El día declinaba en lo alto de la Torre. El Sol apenas mostraba ya parte de su círculo, sofocada ya toda su fuerza, mientras la Luna ascendía por el firmamento como una diosa que renaciendo de sus cenizas toma posesión de un reino usurpado.

Esa noche, en la piscina, se organizaba una fiesta a la que asistiría lo más selecto de la sociedad. A nuestros pies, la ciudad se engalanaba con sus mejores luces, sonriente y dispuesta a fascinarnos. En la azotea, los hombres deambulaban entre los diferentes círculos de conversación, mientras las mujeres, tan atractivas y luminosas como la ciudad, con vestidos ligeros que apenas rozaban su piel y acariciaban como un velo sus curvas, sonreían con misterio a los que se acercaban a ellas, auténticos centros inmóviles de la fiesta. En todos esos círculos se repetían gestos y posturas que convertían a la fiesta en una pesadilla de repetición. Bastaba ver una mesa para saber lo que ocurría en toda la extensión de la fiesta, como si fuera un mosaico que repitiera indefinidamente el mismo motivo.

Busqué a Miriam. Necesitaba hablar con ella. Necesitaba decirle que si seguíamos así la Torre dejaría de ser nuestra. Pensé, *nuestra no, de ellos, de los Roser*. Pero al perder el caso, era como si yo mismo la perdiera. La vi en la distancia. Bella, resplandeciente, como si las sombras que se abatían alrededor de ella no tuvieran la fuerza suficiente para alterar la claridad de su rostro, y esa sonrisa que como un faro con un barco que arribare a tierra, dirigía mis pasos hacia ella. A su lado, un hombre la tomó de la cintura. Ella sonrió. El hombre acercó sus labios a los de ella, y esbozó en el aire un beso. Me detuve. Reconocí el rostro de su acompañante. No supe qué hacía allí Bruckner, riéndose y flirteando con Miriam, cuando ese hombre estaba a punto de destruirnos. Quise haber llevado escondido un revólver para dispararle a aquel impostor a bocajarro en la cara. Pero hubo algo que me inquietó aún más. Por un breve instante, casi oculta entre los cientos de invitados que asistían a la fiesta, pude ver la figura descompuesta de Lorenzo. Inquieto por la visible debilidad de mi amigo, que sin duda era fruto de la enfermedad, corrí hacia él. Persiguiéndole atravesé toda la fiesta, interrumpí bromas y risas, atravesé los círculos repetidos de los invitados y logré que las sonrisas de las mujeres no me atraparan entre sus redes. Lorenzo era ya menos que su sombra, dejando a veces de ser visible, por momentos perdiéndose entre la multitud. Si seguía así, si no le alcanzaba y no llegaba a tener una confirmación de su presencia allí, entonces yo tendría que admitir que su visión había sido simplemente un espejismo. Pero me intentaba convencer de que no era así, porque sentía que su presencia había sido demasiado real, tanto como para haber convertido aquella fiesta en sueño; tanto como para hacerme sentir que en cualquier momento la fiesta, sus asistentes, el edificio

entero, se desvanecerían en la nada. Por fin reconocí, ante mí, el rostro de Lorenzo. Pero no de la manera que había esperado. Miriam se interpuso en mi búsqueda.

- ¿Me buscas?

Pensé en pedirle explicaciones acerca de lo que estaba pasando, en preguntarle qué es lo que estaba haciendo Bruckner aquí, con ella, cuando estábamos a punto de perderlo todo por su causa. Ella me cogió de la mano y me sacó de la fiesta.

- ¿Qué te pasa? Parece que hayas visto a un fantasma.

Yo no soporté por más tiempo tanto cinismo.

- ¿Un fantasma? Dime, ¿qué es lo que has hecho con él? Dímelo. Sé que estás tramando algo. Empiezo a sospechar de ti y de tu juego.

Ella me miró, como si fuera absolutamente inocente, y no supiera de qué estaba hablando. Me resultaba inadmisibile que ella no se diera cuenta de que yo empezaba a encajar todas las piezas que componían aquel enigma, y que empezaba a deducir cuál era la naturaleza perversa de la trama que éste escondía.

- ¿Dónde está él? Dime, ¿dónde se ha metido?

- No sé de qué me hablas-. Me miró-. Estás pálido como un muerto. Es mejor que te acompañe a tu habitación.

Estábamos a más de 100 metros de altura. El tiempo que tardaría su cuerpo en alcanzar el agua de la laguna no llegaría a 5 segundos. Nadie se daría cuenta de nada, hasta mucho después, cuando alguien denunciara su desaparición y logran localizar el cadáver bajo las aguas estancadas. Sentí un mareo, y ella me sostuvo. La empujé lejos del abismo, y ella me empujó hasta el pasillo. La empujé contra la pared y ella me empujó dentro del ascensor. Me besó como si quisiera tragarme. La agarré por atrás y la levanté contra mí y fuimos rodando hasta llegar a mi habitación y caer en el lecho. Todo se convirtió en una nube de excitación, en un espiral de sexo que me arrastró en su corriente hasta que me desvanecí en la inconsciencia. A la mañana siguiente, me encontré solo en mi habitación. Llamaron a mi puerta, y al no contestar, el que llamaba abrió. Era Zina, mi bella asistente. Me sonrió y se dirigió hacia mí, sin importarle que yo estuviera desnudo. Le quité su ropa, dejando al aire su piel blanca y blanda.

Cuando me puse a trabajar pasaba ya del mediodía, y tuve que luchar para sofocar los envíos masivos de mis informadores. Las alarmas se disparaban. Las noticias eran desalentadoras. Estábamos a punto de perder el caso. Pero aún así, no me di por vencido, y seguí intentándolo, aunque ya sentía la desesperación muy dentro de mí. Lesforcé a todos a un esfuerzo más. Llamé a mi bufete. Golpeé en el auricular del teléfono, Carmela no contestaba. Cuando al final lo hizo, yo estaba furioso.

- No estás funcionando como espero de ti.

- Yo no fui quién eligió esta manera de afrontar este trabajo. Sólo a un desequilibrado se le hubiera ocurrido esto. Es un suicidio.

Me enzarqué en una discusión bastante desagradable con ella. Yo la atacé con fiereza. Pero sabía que al fin y al cabo ella tenía razón, y yo aunque no lo pudiera reconocer pensaba como ella. Le di órdenes claras de establecer un cerco de seguridad alrededor de Bruckner, y de empezar a mover nuestros peores instrumentos para garantizar su silencio.

Colgué y entonces escuché en la calle, pese a la altura a la que estaba mi habitación, un tumulto extraño. Me asomé y desde mi ventana descubrí la causa del alboroto. La sirena de una ambulancia, que ahora estaba parada frente a la puerta de la Torre. Los celadores salieron de la ambulancia con una silla de ruedas plegable, y al volver llevaban a alguien sentado en ella que se removía de forma extraña. Al fijarme más, comprobé que el ocupante de la silla de ruedas iba atado de brazos y piernas a ésta. Las convulsiones de éste eran cada vez más pronunciadas, aunque no lograba soltarse de lo bien sujeto que debía estar. Sin embargo, uno de los embates fue demasiado fuerte, con lo que el raptado logró volcar la silla. Los celadores le rodearon en seguida, y le apartaron de la visión de ojos inconvenientes, reduciéndole de nuevo y metiéndole a trompicones en la ambulancia.

Dudé de lo que había visto. Y más de lo que me pareció reconocer. Salí de mi habitación y el control que alertaba de mi presencia o ausencia en el cuarto se activó. Mis pasos recorrieron de nuevo las rampas, las escaleras, los ascensores. Debía de asegurarme si ése que había sido inmovilizado de aquella manera y conducido Dios sabe adónde era Lorenzo o no. Llegué al vestíbulo que daba a la salida. Por los altavoces de ambiente, el hilo musical machacaba el éxito del mes de las listas de

ventas. Le pedí explicaciones a la gente de seguridad acerca de lo que había ocurrido. Los vigilantes pusieron cara de póquer, y con una estupefacción fingida, pura hipocresía, me hicieron creer que no había pasado nada.

- ¿Me quieren decir que no saben nada, que no se han dado cuenta de nada?

- ¿Qué es lo que tendríamos que haber visto?-, me respondieron con una estúpida neutralidad.

No quise perder más tiempo con esa gente y salí a la calle, para naturalmente no encontrarme nada. Bien había visto yo cómo se llevaban a mi amigo. Miré buscando algún indicio de lo sucedido. Abandonado junto al bordillo, había una correa de cuero, una de las que debieron de servir para atarle a la silla. Entré dentro. Uno de los guardias de seguridad me vigilaba, el otro hablaba por teléfono. Cuando me vio colgó, disimulando.

Le enseñé lo que había encontrado, triunfante, pero entonces me di cuenta de que eso realmente poco significaba para ellos. Me lo guardé y, cuando me preguntaron si estaba bien, les dije que sí, que simplemente no había dormido lo suficiente la noche anterior y había tenido un mal sueño.

Un mal sueño.

Y cada uno de mis pasos deletreaba el poema que resonaba en mi mente y en las bóvedas de cristal y en los pasillos de aluminio.

*It was many and many a year ago,
In a kingdom by the sea,
That a maiden there lived whom you may know
By the name of ANNABEL LEE;
And this maiden she lived with no other thought
Than to love and be loved by me.*

Delante de mí un hombre repetía mis pasos antes de que yo los llegara a dar. Le seguí, y a su vez tuve la sensación de que a su vez alguien tras de mí seguía mis pasos.

I was a child and she was a child,

*In this kingdom by the sea;
But we loved with a love that was more than love-
I and my Annabel Lee;
With a love that the winged seraphs of heaven
Coveted her and me.*

El hombre al que yo seguía parecía dudar en cada paso. En cambio, el que me seguía a mí no vacilaba. Si yo tenía cuidado en detenerme al tiempo que mi perseguido, entonces podría escuchar a mis espaldas el repiqueteo sordo de unos pies que reprimían su marcha y distinguir el ruido de sus pasos de los míos.

*And this was the reason that, long ago,
In this kingdom by the sea,
A wind blew out of a cloud, chilling
My beautiful Annabel Lee;
So that her highborn kinsman came
And bore her away from me,
To shut her up in a sepulchre
In this kingdom by the sea.*

El de adelante reiniciaba su marcha, y los tres nos poníamos en marcha. Ya no me inquietaba tanto saber a quién perseguía, sino quién me seguía a mí.

*The angels, not half so happy in heaven,
Went envying her and me-
Yes!- that was the reason (as all men know,
In this kingdom by the sea)
That the wind came out of the cloud by night,
Chilling and killing my Annabel Lee.*

Al doblar la esquina, comprobé que había perdido a aquél al que perseguía. Aceleré mis pasos, para que el que me seguía a mí no me alcanzara. Entonces alguien tiró de mí, brutalmente. Me dijo. *Ten cuidado con el Mezclador*. No entendí, y quise que me aclarara el sentido de sus palabras. *Qué es lo quiere decir*. Pero ya nadie estaba a mi lado, ni tampoco delante de mí, y en cambio sí estaban detrás mío. Me habían alcanzado, y la sombra de un abrigo inmenso se precipito sobre mí.

But our love it was stronger by far than the love

Of those who were older than we-

Of many far wiser than we-

And neither the angels in heaven above,

Nor the demons down under the sea,

Can ever dissever my soul from the soul

Of the beautiful Annabel Lee.

Me defendí echándome a un lado. Y lancé toda la fuerza de mi puño adonde debía haber una cabeza. No encontré nada, sólo un hueco que mi puño atravesó limpiamente; aire, nada más. Por la mañana no sabía hasta qué punto lo que había vivido era real, o una mezcla de delirio y sueños. Aún así, me preocupaba la parte de realidad que hay en todo sueño. Una mancha parda y grande se extendía sobre mi mejilla, y tardaría semanas en desaparecer.

For the moon never beams without bringing me dreams

Of the beautiful Annabel Lee;

And the stars never rise but I feel the bright eyes

Of the beautiful Annabel Lee;

And so, all the night-tide, I lie down by the side

Of my darling- my darling- my life and my bride,

In the sepulchre there by the sea,

In her tomb by the sounding sea.

Había llegado hasta la habitación de Miriam. Su puerta estaba abierta, totalmente abierta, de forma insensible, exponiendo a todo el que cruzara ante ella la escena que se desarrollaba en su interior. Apenas una tenue penumbra velaba los movimientos de Miriam desnuda sobre un hombre, también desnudo. En cuclillas sobre él, el vientre de la mujer se agitaba adelante y atrás y en círculos para atenazar y hacer penetrar aún más el miembro del hombre dentro de ella. Ella giró su cabeza, sin dejar de moverse, y al verme no interrumpió su labor sobre el hombre. La luna iluminó el rostro del amante, y yo entonces reconocí la cara alargada y parsimoniosa de Sabal Iravan Bruckner. Sus ojos se entrecerraban y de entre sus labios asomaba mortecina su lengua, agitada por el ritmo que le infringía Miriam con su serpentear de víbora. Salía del dormitorio sin que ellos hicieran ningún esfuerzo por desengancharse, y me alejé de allí con una sensación repugnante que me atenazaba el estómago y que pugnaba por salir de mi interior inundando con sus heces mi garganta y mi boca.

Un mal sueño.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, Zina me estaba refrescando la frente con una pequeña toalla empapada. Le cogí de la mano, y ella me la acarició.

- Deberías de tomarte esto-. Vertió el contenido de un sobre en un vaso y me lo pasó. Estaba ahora lleno de un líquido efervescente-. Te vendrá bien. Es bueno para bajar tanta fiebre.

Me lo tomé, sin desconfiar de ella. No tenía ninguna razón para hacerlo. La muchacha se llevó las manos al cabello, y se soltó el peinado con que se lo recogía en la nuca. Su pelo, negro y fino, suave como pequeños dedos, cayó sobre mis hombros, y levantó un aroma a hierbabuena que me confortó más que el antibiótico que me había administrado.

Las novedades que me llegaron esa mañana confirmaban los peores pronósticos. Finalmente, llamé a Carmela, pero al hacerlo sufrí el golpe definitivo. Su intento de chantajear al hindú se había visto desmontado por éste, de una forma inteligente, demasiado inteligente. Parecía que tenía preparadas todas las pruebas y coartadas para cada una de las acusaciones que mi gente había logrado acumular contra él y su entorno. Todo sonaba a trampa, y nosotros, y especialmente yo, habíamos caído en ella. Debía de darlo todo por perdido. Y debía reconocer el papel que yo había jugado en aquel

complot, cuya víctima fundamental era mi amigo Lorenzo. En breve, la Torre sería cerrada, subastada y vendida al mejor postor. Y los beneficios repartidos, sin duda, entre Miriam y su amante. ¿Cómo quedaría mi amigo tras esto? Destruído.

- ¿Dónde le has encerrado?

- ¿A quién?

- A tu hermano. ¿Qué has hecho con él?

- No sé nada de Lorenzo.

- Sí que lo sabes.

- Estás nervioso. ¿Tienes algún problema?

- Yo no tengo ningún problema. Sé muy bien lo que estás haciendo. Todo esto es un complot contra Lorenzo y contra mí. Quieres acabar con nosotros.

- Estás paranoico.

- No vas a lograr tu objetivo. Antes te destruiré yo a ti.

- ¿Me amenazas?

- Te he visto con ese hombre. Tenía que haber comprendido que todo esto era desde el principio una trampa. Y que yo era el arma ejecutora que tú habías elegido para acabar con mi amigo, con tu hermano.

- Estás hablando de una pesadilla. Confundes el sueño con la realidad.

- ¿De qué pesadilla me hablas?

- Estás alterado, pero no quiero llegar a tomar ninguna medida de coacción contigo. Déjame y no me fuerces a llamar a seguridad. Mañana quiero que salgas de aquí. Tus gestiones lo único que han servido es para hacernos perder toda una fortuna. Desde ahora mismo, rompo contigo el contrato de los Roser. Tengo motivos para acusarte de negligencia, y de cosas peores. Mis nuevos abogados se pondrán en contacto con tu bufete para haceros saber todos los detalles.

Su sillón se giró, cerrándome así la posibilidad de su visión el amplio respaldo de cuero negro. Me giré para desaparecer del amplio despacho oval donde se hasta ese momento se habían dictaminado las grandes decisiones de los Roser. Pero antes de salir,

ella, sin moverse del sillón, sin volverse a mostrarse ni mirarme, me detuvo con una última invitación.

- Esta noche tenemos una fiesta en la piscina. Pese a todo lo que ha pasado, estás invitado. Al fin y al cabo, eres un amigo de la familia. Créeme, espero que vengas.

Esa noche, de nuevo, había fiesta en la piscina, Pero ahora ya era evidente toda la jugada de Miriam y de Bruckner; la manera en cómo se habían hecho con la Torre y toda la fortuna de los Roser, apartando de ella a Lorenzo. Yo había sido una marioneta en sus manos, y al utilizarme, una vez conseguido su objetivo, no le importó desprenderse de mí y arrojarme a la cuneta, sin importarle el daño que pudiera haberme hecho, o me quedara por sufrir.

Era justo lo peor que se podía esperar de un día de otoño. El sol rojo ennegrecía el cielo, amenazando crear una noche que no acabara nunca, mientras que el descapotable rojo se acercaba a casi 200 por hora a la Torre por la gran avenida que despiezaba en dos a la ciudad. Un viento azotaba mi cara, y mi cuerpo sentía el mordisco de un frío polar. Eso no iba a detenerme. El coche levantaba una nube de hojas caídas, mientras que en el maletero del coche llevaba carga explosiva suficiente para volar diez edificios como el de la Torre Roser. Nubes negras de tormenta me seguían y yo conducía su voz de trueno hacia la Torre. Si eso iba a ser mi hundimiento, más cosas caerían conmigo. Me aproveché de los privilegios que aún nadie me había retirado en la Torre para tener libertad de acción y situar en sus cimientos las cargas explosivas. Tuve mucho cuidado en conectar las espoletas para que explotaran justo cuando yo quisiera. Aquella noche sería sin duda una noche de fiesta. ¿Por qué no íbamos a celebrarlo en la piscina, a 40 pisos de altura, por todo lo alto?

Subí a mi cuarto y lo dispuse todo. Llamé a Zina, y le puse en su mano dinero suficiente para que dejara aquel trabajo sin pensárselo. La obligué a jurarme que abandonaría inmediatamente la Torre, y ella lloró y me hizo prometer que nos veríamos pronto. Le di un teléfono móvil, y le prometí que así sería, pero que para ello esa noche me debería llamar exactamente a la medianoche. Las 12, la hora de las brujas, la hora de la magia y de las sorpresas. Me tenía que llamar y más tarde hablaríamos de cómo hacer para que nos pudiéramos reunir y huir juntos. Pasara lo que pasara, estuviera donde

estuviera, no podía de dejar de llamarme desde ese móvil al número que le di como mío cuando fuera la medianoche.

Me vestí con mi mejor traje. Arriba, cercana la medianoche, la fiesta estaba en su punto álgido. Los círculos alrededor de las mujeres y las mujeres brillaban más que las luces de la ciudad. Pronto brillarían con una luz especial. No era una fiesta alegre, pese a las risas, las bromas, la música. Había un toque fúnebre en esa celebración, ya que nadie quería expresar de forma clara qué se celebraba, aunque todos lo supieran bien.

Sonó un aria de Schumann. Una voz cristalina, un poco engolada, pero llena de color, la interpretó con entusiasmo juvenil. Había algo extraño en lo que estaba oyendo. Entonces me di cuenta, de que no había ningún tipo de amplificación. Escuchaba directamente el piano y la voz, con toda la sonoridad de la música en vivo. Ante todos, me encontré con la inconfundible silueta de Hermann Preich, el cotizado tenor austriaco. Sobraba dinero para contar con él en vez de poner una grabación suya o de contratar a otro cantante más accesible. Había dinero para todo, vivíamos en el país de la abundancia. Vivía yo, por poco tiempo, ya que estaba juzgada y firmada mi ruina, igual que la de Lorenzo. El mundo de la abundancia funciona así, siendo muy selectivo con los elegidos para vivir en él, y siendo implacable con aquellos a los que desecha. Con un manotazo, los aparta de la superficie de la tierra, y éstos no pueden esperar ninguna compasión. Miriam estaba allí, reina de esa fiesta sólo para elegidos. Los relámpagos comenzaron a desatarse cercando la cumbre de la torre, rodeándonos con sus amenazas eléctricas. Me acerqué a Miriam. Yo sostenía, oculto bajo mi chaqueta, el revolver. Sostenía el revolver e intentaba que sostener también mi intención de acabar con todo esto. Me acerqué a Miriam y comprendí que en mis sueños siempre había estado ella. Y que lo menos importante para mí era que ella me amara o no, que me llegara a ser fiel o no; lo que me era realmente necesario era que yo pudiera ponerme a sus pies. Apreté con fuerza el revolver escondido junto a mi corazón. Vi su rostro y lloré porque entonces comprendí por qué le había dado a Zina el móvil que activaría los explosivos. Si ella llamaba, me salvaría de Miriam, me salvaría de hundirme. Si no, comprendí que sería incapaz de mover mi mano contra esa mujer que me había traicionado y me había hecho traicionar a mi mejor amigo. Dejé caer mi mano

inútilmente armada con un revolver que nunca utilizaría contra ella. Me precipitaba hacia una caída irresistible.

El viento barrió la azotea, y el silencio, oh, el silencio. No sé cuál fue la causa de aquel silencio repentino. La multitud callada se apartó, como barrida por el viento, y entre los rostros vacíos de expresión apareció la alta y agonizante figura de Lorenzo. Había manchas de sangre en su ropa y en su piel, y huellas de lucha en cada parte de su cuerpo. Bruckner se echó adelante, hacia él, intentando bloquearlo, pero yo le disparé y el arquitecto cayó retorciéndose, apretando con sus manos el vientre que yo con mis disparos le había reventado. Lorenzo no se inquietó por ello. Ni siquiera le miró, no me miró siquiera. Sólo tenía ojos para una persona, para su hermana; esa figura formada en el espejo que había intentado acabar con él. El débil timbrado de un móvil. Al otro lado de la conexión telefónica, Zina llamaba. Un relámpago quebró la bóveda celeste y antes de que yo pudiera hacer nada por impedirlo, Lorenzo cayó pesadamente, sobre el cuerpo de su hermana. Sonaba el teléfono. Sus cuerpos se hundieron en la piscina, y el agua no pudo impedir que siguieran cayendo, atravesando el suelo, las paredes, el cristal y el titanio, rompiendo el tejido de aquel monstruo gigantesco, quebrando sus huesos transparentes. Yo caí con ellos, me deslicé a su alrededor precipitándome por las escaleras insensiblemente, como si me viera atraído con ellos a ese abismo que creaban en su caída. Absorbido por su baile y su agonía, por esa muerte en la que ellos ya habían entrado, no sabiendo hasta qué punto había también sitio para mí junto a ellos, o más bien, mis pasos en cierto momento se detendrían y no llegaría a penetrar en ese secreto que amenazaba revelármese.

El coche aceleró, y como una flecha atravesó la pared de agua para enfilarse por la avenida, que ya no surgía de la ciudad, que ya no se dirigía a ninguna parte. Como una exhalación, el deportivo recorrió kilómetros de pavor hasta que un rugido hizo que yo pisara el freno en seco, casi atravesando con mi pie la plataforma del coche. Un olor a quemado llenó la cabina mientras el auto derrapaba en mitad de la carretera desierta. Sus faros apuntaron a la Torre, envuelta en el marasmo de rayos y atrapada por la furia de la tempestad. Mis ojos se vieron enfrentados a esa construcción endiablada en la que había vivido aquellos últimos días. Quedé bañado por la luz que con una incandescencia infernal que provenía de la Torre. El edificio se revolvió de abajo a arriba, al tiempo que un hálito de fuego recorría su interior. Desde sus cimientos hasta su culminación la

estructura se estremecía y se resquebrajaba hasta alcanzar a aquel punto central, a aquel hueco que la horadaba. Allí el hueco que grácilmente horadaba su estructura ahora se abría y se convertía en una enorme grieta que comenzaba a tragarse cristal y metal digiriéndolo en la nada. Alrededor de la Torre se agolpaban, como un enjambre de abejas cuya colmena hubiera sido arrasada, aquellos que habían logrado escapar a la hecatombe, y que tras alejarse a una distancia prudencial, ni buscaban más auxilio, ni tampoco se disponían a auxiliar a los que aún quedaran por rescatar; sino que contemplaban fascinados el espectáculo de la consumación de la Torre. La luz de la luna empezaba a filtrarse por el edificio que se resquebrajaba en una miríada de escombros que, flotando en la nada, aún dudaba en desplomarse sobre la laguna que les esperaba para tragárselos. Y como aquéllos perdidos contemplaban la Torre en su caída, así la miraba yo, hipnotizado, con el corazón a punto de escapárseme por la garganta. Así lo sentí, con una opresión que temí que fuera mortal, cuando al contemplar la forma informe del edificio, ésta se ensanchó repentinamente, y con una exhalación que nos sacudió a los espectadores (y que a mí, pese a la distancia, me tumbó contra el suelo) el círculo pagano del satélite se hizo paso a través de la Torre, ante mis ojos y los del resto de los supervivientes, mientras que mi alma condenada sucumbía al ver desmoronarse los grandes muros de cristal. Tras un largo clamor, como si mil ángeles con sus lágrimas de fuego cayeran sobre la tierra, el profundo y corrompido estanque se cerró sombrío, silencioso, sobre los restos de la Torre Roser.